

Homilía para la fiesta de la impresión de las llagas - 17 de septiembre de 2023

Queridos hermanos y hermanas,

¡Que el Señor os dé la paz!

Nos encontramos nuevamente en este monte para renovar la feliz memoria del gran don que el Señor Jesús hizo a san Francisco, el más pequeño de sus siervos y hermanos: los signos de su propio amor, las llagas de la caridad, las perforaciones que dejan brillar toda la luz escondida y poderosa que nos llega del amor salvador de Cristo.

En este año, la conmemoración de los Estigmas coincide con la celebración del 800 aniversario de la Regla bulada y de la Navidad en Greccio. El año que viene celebraremos el 800 aniversario de los Estigmas.

En el único Centenario franciscano que va de 2023 a 2026, recorreremos los últimos años de la vida de Francisco, marcados por una gran prueba o tentación que llegó a su clímax aquí mismo, en el monte Alvernia, sólo para diluirse y preparar a Francisco para su encuentro con la hermana muerte.

Podemos decir que el Alvernia (con lo que Francisco vivió antes y después aquí) es una llave para entrar en el misterio de la existencia de este hombre cristiano. Aquí vemos cómo el núcleo de su experiencia es la simple amistad con el Señor Jesús, que sencillamente dio sentido y luz a su persona y a su mensaje. Si buscáramos este núcleo en otros elementos distintos de Cristo, perderíamos la brújula para conocer y comprender a Francisco de Asís. Sigamos sus huellas.

En 1223, Francisco pudo por fin dar a su Orden una versión definitiva de la Regla que llamamos la "Regla bulada" porque fue aprobada oficialmente por el Papa Honorio. Esto requirió un largo trabajo de búsqueda y consolidación de un texto. En 1209-10, Francisco y sus primeros compañeros pidieron al Papa Inocencio en pocas y sencillas palabras vivir el Evangelio, especialmente aquellas frases radicales de Jesús que había aceptado con Pedro y Bernardo en la Iglesia de San Nicolás en 1208: renunciar a todo, dar las riquezas a los pobres y proclamar el Evangelio con libertad.

Este sueño puso en marcha la fe de muchos en su tiempo y su número creció tanto que aquellas pocas palabras, aquellos versículos evangélicos con algunas reglas prácticas de vida pronto dejarían de ser suficientes. Y así fue como, año tras año, los hermanos, reunidos en torno a Francisco en la Porciúncula para el Capítulo de Pentecostés, actualizaron aquellas palabras, llevaron su experiencia, la vida que habían vivido ya no sólo en Asís, no sólo en el centro de Italia, sino también en el norte de Italia, en los países del norte de Europa y pronto en Siria y Marruecos. ¿Cómo vivir el Evangelio en estas situaciones diferentes? Esta es la pregunta que ha ido creciendo con el tiempo y que ha manifestado diferentes maneras del cómo entender esa misma voluntad. Francisco, por su parte, está movido por una tensión evangélica que pone continuamente en contacto la vida y el Evangelio. Para él, la Regla será necesaria para guardar celosamente la posibilidad de vivir tras las huellas y las palabras de Jesús. Para otros, comenzará a convertirse en el cerco que debe definir y defender los límites de una fraternidad

cada vez más inserta en la misión de la Iglesia en un tiempo difícil. Esta tensión se convertirá en oposición.

Francisco dejó el gobierno de la Orden en 1220, y al año siguiente llegó a redactar con muchos hermanos un texto de la Regla que no recibiría la aprobación pontificia. En este Capítulo de las Esteras dice claramente que el Señor le ha hecho saber que la única vocación es vivir el Evangelio y no entrar en una vida y misión ya establecidas. Esta Regla es definitiva para Francisco.

En los dos años que siguieron, Francisco pareció dar un paso atrás en su postura y reelaboró el texto de la Regla. No conocemos todos los pasajes, pero es seguro que la tensión fue muy fuerte y dejó huella en el Poverello, que reconoce que su fraternidad no es de su propiedad y que, por tanto, puede seguir su evolución. Sabe dar un paso atrás y abrir un nuevo camino en el que no había pensado. Una cosa permanece inalienable para él: la llamada que recibió del Señor mismo a vivir según el Evangelio y nada más. Y es aquí donde la Regla quiere garantizar este don y este compromiso.

Veamos, pues, tres pasos de Francisco en este camino.

Francisco encuentra a Cristo vivo en su palabra, el Evangelio, en el que escucha las “odoríferas palabras” de su Señor. No hay encuentro con Jesús sin esta escucha continua y amorosa.

Tras recibir la aprobación de la Regla el 29 de noviembre de 1223, Francisco se permite una pausa de paz y contemplación. Ahora **quiere ver a Cristo** en esa pobreza y penuria experimentadas en su nacimiento como huésped y peregrino, Aquel que quiso nacer *en el camino*.

He aquí, pues, a Francisco subiendo a **Greccio**, donde no reproduce la Navidad en una representación sagrada, sino que quiere ver, a través de un poco de heno y de un buey y un asno, la condición de indigencia en la que Jesús quiso nacer. La Eucaristía celebrada sobre el pesebre en la gruta de Greccio dice que “*Ved que diariamente se humilla, como cuando desde el trono real vino al útero de la Virgen; diariamente viene a nosotros él mismo apareciendo humilde; diariamente desciende del seno del Padre sobre el altar en las manos del sacerdote.*” (Adm I, 16-18). El encuentro con Jesús no puede prescindir de su humilde condición de pobre y huésped; a través de su humanidad podemos conocer y encontrar al Dios tres veces Santo.

Ahora se espera que Francisco dé un tercer paso: tras haber encontrado al Señor en el Evangelio y haberlo visto en su pobreza, ahora se **siente atraído a entrar en una relación más profunda y personal con Jesús, hasta el punto de transformarse en Él**. El Poverello ha hecho suyas la visión y la experiencia de san Pablo: Quiero conocerle a Él, sus sufrimientos (...) “Estoy crucificado con Cristo. Y vivo, ya no yo, sino que Cristo vive en mí. Y la vida terrena ahora la vivo por la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Ga 2,19b-20).

El Poverello nos hace ver al Señor Jesús en el Evangelio experimentado con sus hermanos, en su pobreza con los pequeños, en su amor/dolor transformador: los estigmas son la memoria del cumplimiento del bautismo en Francisco, transformado en Aquel que le da fuerza porque le ama. Al recorrer los últimos años de su vida, no perdamos de vista que Jesucristo da a la experiencia de Francisco la nota del cristianismo.

Hoy seguimos mirando con asombro y amor las llagas de Cristo impresas en su siervo Francisco, y sabemos que nuestro propio bautismo nos impulsa a ese encuentro y a esa profunda transformación en Él. Subir al Alvernia nos pide siempre aceptar que, como creyentes, permanecemos en camino, atrapados en una aventura, la de la fe, que no nos deja tranquilos y asentados en lo que sabemos repetir. La fe es como una expedición que nos hace aventurarnos en el terreno del Otro para atrevernos a creer en Dios también hoy, y del otro o de los otros, como hermanos y hermanas en la Iglesia, no solos, y con los pequeños y los pobres.

Encontrarse, ver, ser transformado en Cristo sucede en la fe. Pedimos que este don se reavive en nosotros y crezca para mostrar con nuestras vidas la Buena Noticia del amor transformador de Cristo en este tiempo nuestro tan difícil y bendito.

Fr. Massimo Fusarelli OFM

Ministro general